



IX

OTUMBA.—LOS BERGANTINES

Si aquellos hombres, supervivientes del desastre, no fuesen hechos de hierro, allí se acaba la epopeya, sobre todo en caso de que los mexicanos supiesen aprovechar la victoria y cayesen sobre ellos rápidamente. Aunque les persiguieron, fué de modo que pudieron seguir marcha, y acogerse á un templo de los ídolos, donde luego se alzó el santuario de Nuestra Señora de los Remedios. Les suministraron víveres los otomíes, tribu oprimida, como otras, por los aztecas, y pudieron avanzar hacia Tlascalala.

Volvió á congojarles el hambre, y hubieron de cenar la carne de un caballo. Un español, contagiado por lo que había visto en aquellas tierras, aprovechó otra comida nefanda, y Cortés, para extirpar el mal de raíz, le tuvo mandado ahorcar, perdonándole, por último, á ruegos de sus compañeros.

Como continuasen su ruta, débiles y rendidos, á poca distancia del valle de Otumba vieron que se les venía encima un numeroso ejército, que cubría el campo con sus apretadas haces, hasta perderse de vista.

“Tuvimos—dice el veterano cronista—temor grande, mas no para desmayar del todo.” ¡Buenos eran ellos para “desmayar del todo”! Nunca se vió furia de combatir como la que poseyó á aquellos agotados organismos, momentos después.

El ejército que les acometía era el supremo esfuerzo de los méxicas para acabar de una vez con los invasores. Cortés, que acaso nunca se había expresado en tales

términos, dijo á los suyos, concisamente, que era llegada la hora de vencer ó morir.

También les advirtió que la estocada y cuchillada que diesen fuesen en señores señalados, en los jefes enemigos, fáciles de conocer, pues traían penachos vistosos de plumas é insignias de oro y colores. Y sin más, y clamando ¡*Santiago!*, los barbudos, que no hacían cosa á medias, tomaron la ofensiva. Cortés, herido, se adelantó el primero. El avance fué impetuoso, y (dice un historiador de elegante estilo) “los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe”. Dirigióse Cortés, de propósito, hacia el cuadro formado en torno de la insignia imperial mexicana, rematada por un penacho; empujó con su caballo al abanderado, y tras él Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, rigiendo una buena yegua overa, mató al portainsignia y le quitó el plumaje, que presentó á Cortés. El Rey de España, más tarde, dió por armas al Sala-

manca este penacho de plumas, que lució en los reposteros de sus descendientes.

Tomado el estandarte, decayó el ánimo de los mexicanos y aflojaron en pelear; y á los españoles, con la alegría de la definitiva y no soñada victoria, ya ni les dolían las heridas, ni sentían hambre, ni sed. Los de Tlascalala, que el día antes lloraban de necesidad y comían hierbas, también lo hacían "como leones". Hasta una mujer de las que venían con la hueste, María de Estrada, peleó bravamente con lanza y rodela. Para este triunfo fabuloso eran cuatrocientos, habiendo perdido en la rota de la Noche triste más de ochocientos setenta: es decir, que, como los libros de las Sibilas, cuantos menos, más subía el valor de los conquistadores. Nunca se había visto ejército indígena tan recio ni tan brillante, y con razón suponían que, al enviarlo contra los españoles, no quedara de ellos "ni roso ni velloso". Se concibe que varios combatientes de los nuestros afirmasen después haber visto al Apóstol, en su blanco

bridón, galopando entre nubes; y también es natural que un historiador, por cierto clérigo, diga que no era necesario el milagro visible, pues harto milagro fué tal victoria. Por algo el nombre de Otumba se ha destacado entre los de tantas batallas de la Conquista.

Heridos estaban casi todos los vencedores; pero Cortés, también herido, pasó en vela la noche siguiente al combate. Y habiendo ordenado la marcha, el 6 de Julio entraba, dando gracias al cielo, en la embriaguez de sentirse salvado, en el amigo territorio de Tlascalala. Españoles y tlascaltecas lloraban el mismo infortunio; muchos eran los de Tlascalala muertos en el combate de Otumba y en la Noche triste: y el jefe, Magiscazín, lloraba á su hija, la cual, bautizada bajo el nombre de doña Elvira, se había unido al capitán Juan Velázquez de León, que sucumbió en la misma jornada infausta.

Mientras los españoles se reponían de sus fatigas, los mexicanos trataban de re-

hacerse y procedían á la elección de Emperador. Fué éste el señor de Iztapalapa, Cuilauzín, el hermano de Moctezuma, que había estado al frente de la resistencia. Dícese que era hombre capaz de cerrar el paso á Cortés mismo. Y Cortés recelaba de él, y le tenía por verdadera causa de los desastres de la Noche triste. Conviene consignar la importancia de este penúltimo Emperador de los méxicas, porque el relieve de Guatimozín ha oscurecido su gloria.

La prueba de los hábiles designios de Cuilauzín, y que en él tuvo Cortés digno adversario, es que intentó quitarle el apoyo de Tlascalala, proponiendo á la República alianza contra el común enemigo: y la idea encontró valedor en Jicotencal el mozo, siempre estremecido por el ansia de la independencia. Pero los tlascaltecas, y en especial Magiscazín, estaban muy ligados ya á los españoles. Hasta se cree que poco después se bautizaron los principales jefes tlascaltecas, empezando por Magiscazín: notable caso, porque la religión se adhiere

al espíritu con fuertes, tenacísimas raíces. Pero la religión de los méxicas, lo he dicho, tenía por base algo que, una vez suprimido, dejaba sin defensa los demás dogmas.

Entre la batalla de Otumba y llegada á Tlascalala y el asedio de México transcurre un período durante el cual se afirman las cualidades de Cortés, su perseverancia y lo intenso de sus designios. Como sus soldados, en el ocio, y pasado el ardor de la lucha, empezaban — sobre todo los que procedían de la hueste de Narváez—á desalentarse y quererse volver á la Veracruz y á Cuba, Cortés los metió en guerra, pues espada sin uso se toma de orín, y rompió á conquistar y someter provincias adictas á México, triunfos de relativa facilidad, pero que sostenían el ánimo, y sometían al país, poniéndolo en vasallaje de España. Un espantoso aliado tuvo entonces Cortés: la viruela. Traída por un negro esclavo de Narváez, cundió en la sangre virgen de los americanos como reguero de pólvora, causandoles terror de mal sagrado; y de este

mal falleció el penúltimo Emperador, el bravo Cuilauzín, siendo designado para sucederle Cuauhtemoc, conocido en nuestras crónicas por Guatimozín ó Guatemuz, mozo de veinticinco años y hay quien cree que de menos, y de trágicos destinos.

Más firme que nunca en su propósito, Cortés preparaba lo necesario para volver á Tenochtilán, al desquite de la funesta noche. En Tlascalala construía los bergantines destinados á sostener el asedio en la laguna. A ejemplo de los españoles, organizábanse militarmente los tlascaltecas. Uniéronse otras tropas aliadas, y el 28 de Septiembre de 1520 salió el ejército, después de oír los españoles misa é invocar al Espíritu Santo.

Quedó buena parte de los aliados en Tlascalala, al cuidado de los bergantines y para entender en su transporte, llegado el caso; y la hueste subió nuevamente hacia la capital, y volvió á divisar, desde la altura, el ameno y apetecido valle de México. En Tezcoco, en cuyo templo se habían col-

gado pellejos de españoles, rellenos de paja, y de caballos con sus arneses, entró Cortés demandando cuenta estrecha, notando el ambiente hostil y peligroso. El Rey de Tezcoco huyó: Cortés puso otro, y se granjeó las voluntades con su conducta benigna. Este Rey puesto por Cortés fué el que en el bautismo se llamó don Fernando Cortés Ixlixochtil, de los primeros y típicos aztecas españolizados.

Era todo esto diestra disposición de Cortés, porque Tezcoco, capital del reino de Acolúa, ofrecía admirable situación estratégica para la conducción de los bergantines, y víveres y gente para todo. La expedición de Iztapalapa, por entonces emprendida, fué notable, por el peligro en que puso á Cortés y sus tropas, estando ya dentro, el ardid de sus defensores de anegar la ciudad, rompiendo los diques del lago.

A hombros de tlascaltecas se condujeron por fin los bergantines, ó mejor dicho, sus materiales, y las tropas entraron en Tez-

coco gritando: "¡Castilla, Castilla, Tlascalala, Tlascalala!" Sería, en todo español que reseñe estos sucesos, omisión imperdonable la de no consignar hasta qué punto la alianza con los tlascaltecas ayudó á la conquista, y cómo emularon á los españoles en el arrojo y la constancia aquellos indios, dignos en verdad de la independencia después de nuestro triunfo, y ahora y siempre, de nuestro homenaje.

La empresa, aunque ya madurada por la experiencia y preparada con diligente cuidado, no era aún cosa llana, ni mucho menos. Cortés, lejos de lanzarse con ciego arrojo contra la capital, se previno, señoreando, en reñidos encuentros con los auxiliares de México, la tierra que tenía que pisar en torno de los lagos. Y ¿quién creyera que en aquel decisivo momento, terminados los bergantines, abierto el hondo canal para botarlos al agua, el peligro español surgiese de nuevo, con la conjura de algunos soldados secretamente partidarios de Velázquez, el Gobernador de Cuba? In-

timidados quizás ante la empresa que se preparaba, se concertaron, bajo la dirección de un Antonio de Villafañe, para asesinar á Cortés, Alvarado, Sandoval y Tapia; pero un cómplice los delató, y Villafañe fué colgado de una ventana del cuartel. A los cómplices les perdonó Cortés, tal vez por no convenirle perder soldados entonces, ó porque, como he dicho, no era partidario de extremar la represión; y se contentó con crear una guardia de su persona, compuesta de los más fieles y adictos.

Bendecidos los bergantines, flotando ya en el canal, desplegado su velamen, se cantó el *Te Deum*; repartió Cortés el ejército para el asedio, y tomó el mando de la gentil flotilla, artillándola lo mejor que pudo. El día 1.º de Junio empezó el ataque de la capital de México.